

Echar la suerte con los pobres de la tierra

Pedro Trigo, s.j.*

Escribo sobre Arturo de lo vivido con él como compañero y amigo en el Señor, que no dice menos amistad sino mejor fundada.

De su educación familiar quiero destacar la formación de hábitos y el esfuerzo para dar de sí, es decir la tendencia a responsabilizarse, sin alejarse de la espontaneidad y horizontalidad de trato. Me parece muy importante comenzar por aquí porque es la base para que las opciones que tome sean operativas y eficaces y se mantengan en el plano de la vida, sin la división de planos entre lo público y lo privado típica de la modernidad.

Durante el bachillerato en el colegio San Ignacio fue introducido en el cristianismo conciliar en su versión latinoamericana preparatoria de Medellín, ya que se graduó en 1966. Fue introducido no solo a nivel ideológico, sino también con acciones prácticas y con el cultivo de las actitudes de fondo que lo sustentan. Es muy notable que él y un grupo de compañeros de familias burguesas asumiera la opción por los pobres y la tarea de transformación social como opción de vida, desmarcándose resueltamente de su ambiente, pero sin ninguna ruptura afectiva con sus núcleos familiares. Eso indica mucha madurez de parte y parte, o, en otros términos, amor del bueno y no solo ni principalmente ideología, aunque esta se cultivara con asiduidad.

Durante su estudio de filosofía en la Universidad Católica Andrés Bello como estudiante jesuita fue delegado de los alumnos y como tal luchó denodadamente por la democratización de la universidad, lucha que le costó la expulsión de la universidad con un grupo de pro-

fesores, también jesuitas, del Centro Gumilla. El gobierno obligó a la universidad a que readmitiera a los expulsados. Posteriormente, ya en el Centro Gumilla, durante varias décadas, publicó en *SIC* muchísimos artículos en los que abogó de modo clarividente y situado por la democratización de la sociedad, como un modo muy específico de optar por los pobres: lograr no solo que se les hiciera justicia, sino que fueran los sujetos decisivos de la democracia, en alianza con profesionales solidarios.

La experiencia apostólica entre la filosofía y la teología la realizó con campesinos en una comunidad de jesuitas, el Gumilla de Barquisimeto (1972-1974), que realizaba muy exitosamente una experiencia de evangelización integral en una comunidad rural, muy pobre en diversos aspectos, que incluía la capacitación, además de la evangelización y el desarrollo económico, en un proceso a la vez mancomunado y personalizado.

La experiencia no fue solo un experimento de trabajo; fue ante todo una vivencia, tan entrañable que esos campesinos llegaron a formar parte de su vida, de tal modo que cuando se ordenó de presbítero (30/7/1977), el convite abierto que lo siguió tuvo lugar en un liceo público construido por la Compañía y en el que laboraban varios compañeros, en los pasillos, muy amplios, en grandes mesas redondas. En la que se sentó él compartía la mesa su familia, los Vollmer, de los que su padre era gerente, y varios campesinos de Rancho Lara, con sus botas de montar a caballo y sus amplios sombreros, un modo un tanto inusual, pero completamente fehaciente de presentar a su familia de origen a su nueva familia de opción.

En la que se sentó él compartía la mesa su familia, los Vollmer, de los que su padre era gerente, y varios campesinos de Rancho Lara, con sus botas de montar a caballo y sus amplios sombreros, un modo un tanto inusual, pero completamente fehaciente de presentar a su familia de origen a su nueva familia de opción.

Estaba contentísimo. Porque además había hecho ver a su padre, que se había ofrecido a dar él la comida, que el pueblo organizado era capaz, con un presupuesto magro, de prepararlo todo a tiempo y bien y de servir eficientemente.

En Roma durante sus estudios de teología participó de la Comunidad de San Egidio, caracterizada por su impronta evangélica y su opción por los pobres.

Con sus compañeros se vino de Roma a Venezuela a hacer el último año de teología (1977-1978) para repensarla desde la inserción solidaria en el propio país con una metodología rigurosa, aplicada concienzudamente. Prefirió repensar teológicamente su vida y repensar el cristianismo desde ese lugar teológico, antes que quedarse en Roma concluyendo la licenciatura. Los profesores éramos también teólogos interdisciplinarios que estábamos tratando de repensar la teología desde la inserción solidaria en nuestra realidad y repensar nuestra realidad desde esta perspectiva teológica, alimentada por la vivencia de las comunidades cristianas populares y las reflexiones de nuestros compañeros latinoamericanos.

Hasta que lo nombraron provincial estuvo en el Centro Gumilla (1979-1994), combinando la referencia a una comunidad popular y multitud de encuentros con comunidades populares, con el análisis riguroso, sobre todo de tipo político, que culminaría en su tesis doctoral, y con el acompañamiento a un grupo de universitarios con miras a introducirlos al campo del compromiso intelectual y vital. Fue una comunidad, a la vez de vida, de opción y de trabajo, realmente fraterna y comprometida, en la que nos realimentábamos todos mutuamente.

Todo esto en un estilo de vida realmente cristiano, sencillo, liberado de necesidades consumísticas e incluso de la necesidad de tener muchas cosas convenientes, fraterno, tanto con la comunidad como con las comunidades cristianas y la vida religiosa solidaria, como comprometido con la realidad sociopolítica.

Siempre iba vestido de una manera informal. Duró muchos meses con unos zapatos que tenían la boca abierta. No lo hacía por ascesis, sino porque no le importaba. Una vez vino a Caracas un amigo de su papá con el que trató algo en Roma. Lo invitaron a comer. Nosotros

le insistimos que se vistiera congruamente y acabó aceptando cargar un palto; y sin embargo los porteros no lo dejaron entrar porque les pareció que no estaba vestido a la altura del local. Él, lejos de molestarse, se rió de buena gana.

Todo lo que hemos dicho y muchísimas anécdotas que se habían podido añadir nos hace ver que la opción por los pobres de Arturo es una opción integral: arranca de su ser cristiano, tanto en el hecho de que el Dios judeocristiano optó por los pobres, como de que al encarnarse su Hijo nació y vivió pobre en medio de su pueblo, fue enviado a evangelizar a los pobres y los proclamó dichosos porque el reino era para ellos, fue acogido por ellos y corrió su suerte. Pero además de esa relación consciente, se dejó llevar por el Espíritu de Jesús que lo llevó a internalizar su talante. Todo esto fue expresado ante todo en su vida, libre de apetencias y necesidades y, sin embargo, fructiva, como la de Jesús. También lo llevó, como intelectual, a asumir la perspectiva de los pobres y su defensa, en su trabajo de investigación y docencia y en su labor de analista infatigable y comprometido de la situación. Pero este trabajo intelectual estaba sustentado en la relación con ellos, tanto con ellos mismos en sus hábitats, como en encuentros con sus representantes y profesionales solidarios¹.

Todo esto lo sintetizó en su primera homilía después de ser elegido como general: "Pensar para entender en profundidad el momento de la historia humana que vivimos y contribuir a la búsqueda de alternativas para superar la pobreza, la desigualdad, la opresión". "Como compañeros de Jesús queremos también nosotros seguir el camino de la encarnación, hacernos semejantes a los seres humanos que sufren las consecuencias de la injusticia".

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 No sigo con las restantes etapas de su vida porque otros compañeros tratarán lo relativo a su labor como provincial y rector y, sin duda, tocarán este aspecto.